

XVIII PREMIO REINA SOFÍA DE POESÍA IBEROAMERICANA

[JOSÉ EMILIO PACHECO]

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

(Madrid, 17 de nov. de 2009)

0.

Con la venia

Señora

1. La primera gramática conocida de la cultura europea occidental es atribuida a un tal Dionisio (*ca.* 170 a. C- *ca.* 90 a. C), quien por haber nacido supuestamente en Tracia –la patria de Espartaco, la tierra de los dioses pelirrojos y de ojos azules– ha pasado a la historia como Dionisio Tracio.

Su obra, la *Techné grammátiké* o *Ars grammatica*, contiene la primera definición del arte por excelencia –la gramática– y la primera división del arte en partes. Son seis. Como suele suceder con las obras bien hechas, estas seis partes no se presentan al albur, antes bien están secuenciadas con orden y en concierto de forma que, a modo de castillo interior o moradas teresianas, en cada una de las cuales ha de detenerse el aprendiz en su camino hacia la culminación final. Sean estas partes:

1] lectura cuidada según la prosodia

- 2] interpretación de las figuras poéticas que hubiere
- 3] explicación en términos usuales de las palabras raras y de los argumentos
- 4] búsqueda y descubrimiento de las etimologías
- 5] exposición de la analogía (o funcionamiento de las regularidades de la lengua)

y al final

- 6] crítica y estimación de los poemas, que es la parte más bella, pulcra y noble de todas las que en el arte son.

Dejemos la gramática y hablemos de poesía y de poemas, el trabajo del poeta: noble ocupación ésta, producto bello y pulcro aquél.

Oficio duro, de negro sobre blanco:

POESÍA

Contra la noche oscura

Una pantalla que arde

Y una página en blanco (292)

Oficio de sentimientos por definir, de poema inconcluso, de alegrías informes, de verso que espera a otro que no llega, de penas por verbalizar, de ritmo inseguro que no acude, de descripciones sin objeto ni persona, de objetos y personas por describir, de rima

renuente, de ironía intuida, de acento indócil, de llanto sin lágrima, de verbo remiso, de sonrisa ágrafa, de indecisión vital, de sufrimiento lingüístico y del otro:

LAMENTACIONES

[...]

Por eso qué presunción decirle al mundo:

“Yo soy poeta”.

Falso: “yo” no soy nada.

Soy el que canta el cuento de la tribu

Y como “yo” hay muchísimos.

Ocupamos el puesto en el mercado

Que dejó el saltimbanqui muerto.

Y por eso nos iremos y otros vendrán

Con su “yo” por delante. (242)

2. Recurro al *Curso de Humanidades castellanas* (ca. 1795) de Gaspar Melchor de Jovellanos, que tengo a mano. Allí, en el capítulo dedicado a las *Lecciones de retórica y poética* (pp. 114-137), hallo que entre las propiedades del estilo se cuentan estas dos: la perspicuidad y el ornamento. La primera exige pureza, propiedad, precisión, claridad, unidad, energía o fuerza y armonía; sólo el que lo intenta conoce de lo embarazoso del proceso, de la dificultad de llevarlo a cabo y de la casi imposibilidad de rematarlo con éxito o con autocomplacencia; el poeta solo lo soporta. El ornamento entiende

del lenguaje figurado, de las figuras y de su división en tropos y en figuras propiamente dichas (de palabra y de pensamiento); el poeta solo lo tolera. Todo un oficio, que requiere de sentimientos pero, sobre todo, de formas; que se aprende y se ejercita; se estudia y se practica.

Y consulto la *Noticia preliminar de las Humanidades* (1799) del granadino Joseph Garci-Pérez de Vargas para traer a las mentes de ustedes aquella idea suya –compartida por tantos– según la cual aunque algunos poseen por naturaleza dotes para la Elocuencia o para la Poesía “sin haber estudiado la Retórica o la Poética” teóricas o especulativas, “éstos harían mayores progresos, si procediesen con arte”, esto es, si aprendiesen el conjunto de reglas, preceptos, técnicas, principios, informaciones, definiciones, herramientas, instrumentos auxiliares, etc. que permiten hacer bien una cosa; en nuestro caso un poema. El poeta solo lo arrostra. Todo ello al margen de todo sentimiento, sin tratar de ellos.

3. Me quiero interesar ahora por el poeta, e indago en los diccionarios de la Real Academia Española.

3.1. Comienzo por el *Diccionario de Autoridades* (1737), donde, como en tantas otras ocasiones, encuentro explicaciones satisfactorias, al menos desde mi personal perspectiva, para muchas de las cosas que me importan:

Poeta: “El que tiene numen de hacer versos, o los hace según arte”

No se encuentra desperdicio en esas palabras; nada es residual, todo sustancia. De entrada, se contienen ahí dos versos seguidos y perfectos (un endecasílabo más un octosílabo); para seguir, se permite –en la línea de Garcí-Pérez– ser poeta “según arte” aunque se carezca de todo lo demás; para terminar, y esto es fundamental, se requiere *numen*. He aquí la palabra clave. Volvamos al *Diccionario de Autoridades* (1734):

Numen:

Lo mismo que Deidad [...].

Se toma también por el ingenio, o genio especial en alguna facultad o arte, como atribuyéndole a Deidad que le inspira. Regularmente se toma por el numen poético”

Ya lo había proclamado Ovidio: *Est deus in nobis* (‘la divinidad está dentro de nosotros’) y, en efecto, algo hay de divino –con clara minúscula– en el poeta, lo que asegura, de ser cierto, que debe de haber dioses malvados.

3.2. La definición queda intocada hasta 1817, cuando se adopta esta otra, que tiene vigencia durante prácticamente todo el siglo XIX (hasta 1884) y de corte radicalmente diferente:

Poeta: “El que imita a la naturaleza en verso, con invención y entusiasmo”

La deidad ha salido de la definición para ser sustituida por virtudes humanas: la creación y el ardor, el apasionamiento y la creatividad.

3.3. Y casi 120 años perdura la definición siguiente (de 1884 a 2001):

Poeta: “El que compone obras poéticas y está dotado de las facultades necesarias para componerlas | | El que hace versos”,

donde tácitamente se da licencia para que un poeta escriba buenos poemas o meramente versos, lo que por cierto –y con la salvedad de que en este caso *Poeta* no es “sustantivo masculino: El que...”, sino de género común: “Persona que...”– se queda así hasta 2001 (22^a edición), que es lo mismo que decir 2009:

1. com. Persona que compone obras poéticas y está dotada de las facultades necesarias para componerlas.

2. com. Persona que escribe obras poéticas.

4. Siento y padezco con José Emilio Pacheco, miembro del Colegio Nacional; colega de la Universidad Nacional Autónoma de México con la que tanto nos une y tan poco nos separa; ganador de todo premio imaginable y que llega al *Reina Sofía de Poesía Iberoamericana* con sus setenta años recién cumplidos y con una espléndida

Contraelegía, antología preparada y editada por profesora singular y amiga, paisana y compañera, la doctora Francisca Noguero.

Comparto con José Emilio Pacheco su repudio a Harold Bloom (294), y su apego a Salamanca (304) (a propósito: los árboles siguen allí y amanecen cada día); alcancé la mayoría de edad cuando él dice (305); como él, no amo mi patria pero

Darí la vida
Por diez lugares suyos,
Cierta gente,
Puertos, bosques, desiertos, fortalezas,
Varias figuras de su historia,
Montañas
—y tres o cuatro ríos (152)

Defiendo a la “ñ” (291), me petrifico en Pompeya (162), me apunto al *panta rei* de *Contraelegía* para vivir la vida y evitar la piedra (179), sé bien que

Sin motivo ni causa uno supone
Que llegó pronto o tarde y se lamenta (184)

O que

Ya somos todo aquello
Contra lo que luchamos a los veinte años (219)

Sufro como él con los pronombres que cambian mientras el referente queda intacto y concuerdo con sus *Concordancias* (339); me consta que

[...] en Ur me detestan
Como jamás fui odiado en Tarsis ni en Nubia
En Ur y en todas partes soy extranjero (261)

Sé de “hacer el amor” tanto como él (262), aunque no encuentro en el *Diccionario de uso del español* de doña María Moliner tal acepción del término **Semántica**. Admiro sus dotes para percibir conceptos y definirlos con palabras y ahora sé mucho mejor que antes llegué apenas a intuir en qué consiste la gatidad (263) o qué es la luz (186).

5. Siento y padezco con José Emilio Pacheco, a su lado y tras él. Y le agradezco que haya escrito para mí y por mí; que me haya evitado – haciendo su trabajo de poeta– poner negro sobre blanco; que – cumpliendo con su oficio de demiurgo– haya ideado nombres para las cosas y haya construido frases (que son versos) que reflejan lo que me pasa y lo que hago y lo que siento; y le agradezco que haya concebido y engendrado sentimientos para mi corazón verbalizándolos meramente. Conoce bien su:

4. Oficio de poeta
Ara en el mar

Escribe sobre el agua (190)

6. La conjunción de la Corona –SEÑORA– con la Universidad y de ambas con la Poesía, y la consideración de ésta como Patrimonio, todo ello en sinergia ejemplar, ha generado este *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana* que hoy culmina su edición decimoctava y por el que han transitado “yos” que sí son mucho, que nos han cantado el cuento de la tribu, que ocupan su puesto en el mercado, que se van y que se vuelven con poemas por delante, que ocupan espacios en los anaqueles de las bibliotecas y en los de las vidas privadas de unos y de otros.

Un premio iberoamericano y universitario salmantino; iberoamericano y de poesía. Un premio que liga a la Universidad de Salamanca con la América latina, y a ambas con el poema justo a las puertas de nuestro octavo centenario.

Un premio que ha tentado y tañido a inmortales de la talla de Gonzalo Rojas, Claudio Rodríguez, Joao Cabral, José Hierro, Ángel González, Álvaro Mutis, José Ángel Valente, Mario Benedetti, Pere Gimferrer, Nicanor Parra, José Antonio Muñoz Rojas, Sofía de Mello, Caballero Bonald, Juan Gelman, Antonio Gamoneda, Blanca Varela y Pablo García Baena.

Un premio al fin que hoy recibe felizmente para la Corona de España, para Iberoamérica y para la Universidad de Salamanca,

tanto como para sus socios y amigos nuestro nuevo amigo, el poeta y hombre José Emilio PACHECO.

He dicho.